

Alfonso Reyes

Alicia Reyes

Viajero incansable a través del conocimiento, Alfonso Reyes (1889-1959) tendería el punto entre civilizaciones, recorriendo “[...] caminos indígenas, españoles, mexicanos hacia lo total permanente. Y todos caminados —escribía Juan Ramón Jiménez—¹ por lo sumo, con entrega y con análisis, con *profundidad* y con alegría, con decisión y con serenidad, sin perder nada, ni una coma, del tránsito internacional y universal [...]”.

Nuestro Alfonso nace un 17 de mayo en Monterrey, Nuevo León, circunstancia que imprimirá en su alma ese gran amor por su *Cerro de la Silla* y su *Sol de Monterrey*. El primer contacto de Reyes con la literatura, la historia y el arte se dará gracias a su padre, el general Bernardo Reyes. A los pocos meses del nacimiento de Alfonso, la familia se traslada a la Casa Degollado (hoy Hidalgo) que fuera el escenario de su infancia: “[...] no he tenido más que una casa —recuerda. De sus corredores llenos de luna, de sus arcos y sus columnas, de sus plátanos y naranjos, de sus pájaros y sus aguas corrientes, me acuerdo en éxtasis [...]”. No tardó en descubrir los tesoros de la biblioteca paterna, refugio de su fantasía. Tendría Reyes unos once años cuando se traslada, junto con su familia, a la capital —el general Bernardo Reyes había sido nombrado ministro de Guerra— y prosigue sus estudios en el Lycée Français du Mexique.

Su primera salida en letras de molde fue el “Nuevo estribillo” (parodia de intención política al “Viejo estribillo” de Amado Nervo). Poco después, aparecen sus tres sonetos “La Duda”, inspirados en un grupo escultórico de Cordier. Más tarde y, gracias a un sobrino de Othón —el gran poeta potosino—, publica, en la revista *Savia moderna*, su soneto *Mercenario*. Llega Pedro Henríquez Ureña a México y a su alrededor se congregará una verdadera pléyade fundadora del Ateneo de la Juventud. Reyes se lanza por el difícil sendero de la prosa y, en 1911, edita su libro *Cuestiones estéticas* que le valió dos cartas inolvidables: Arturo Farinelli le escribía desde Austria, invitándole a continuar sus estudios a su lado, en Turín, y Emile Boutroux desde París le decía: “Tal vez se le ocurra a usted venir por acá cualquier día y charlar con nosotros sobre esos grandes asuntos que usted trata con tanta competencia como gracia y generosidad [...]”.

El grupo del Ateneo tuvo dos hermanos mayores, Enrique González Martínez y Luis G. Urbina, y dos menores: Alfonso Reyes y Julio Torri. Pero comienzan los motines, los estallidos dispersos, los primeros pasos de la Revolución. En tanto, la campaña de cultura del Ateneo empieza a tener resultados. “La pasión literaria se templaba en el cultivo



Artemio de Valle Arizpe, Alfonso Reyes y Jesús Silva Herzog, 1957.

de Grecia, redescubría España —nunca antes considerada con más amor ni conocimiento—; descubría a Inglaterra, se asomaba a Alemania, sin alejarse de la siempre amable y amada Francia”.

El 9 de febrero de 1913 muere su padre, y Reyes se apresura a presentar su tesis para recibir el título de abogado y es nombrado secretario de la Legación de México en París. Sale de Veracruz el día 12 de agosto de ese mismo año para permanecer en Francia hasta agosto del siguiente año, poco después de comenzada la guerra (1914-1918). En medio del estrépito de cien bombas sale a Burdeos, y de ahí a San Sebastián, donde conocerá a Azorín. Pronto emprende “el sitio de Madrid”, como hubiera dicho Henry James. En 1915 publica *Visión de Anáhuac*, *El suicida* y *Cartones de Madrid*. Todavía nos asombra, al contemplar a la distancia, la enorme actividad desarrollada por nuestro joven Alfonso, a lo largo de su etapa madrileña: nada más en materia erudita, podemos contar unos quince títulos —entre prólogos y ediciones comentadas—, publicados entre 1917 y 1924. En poesía, *Huellas e Ifigenia cruel*. Crítica, ensayos y memorias, traducciones de Chejov, Chesterton, Sterne y Stevenson. “Llegué a Madrid como refugiado; luego fui encargado de Negocios de México, y salgo nombrado Ministro Plenipotenciario con destino a otro país. Adiós amigos y hermanos míos que durante diez años me disteis arrimo y compañía [...]”. De España viene a su patria; después sale en misión confidencial ante el rey de España y de ahí a París donde recibe el telegrama con su nombramiento como ministro en Francia. De ese segundo París, mucho más satisfactorio que el primero, emprende el viaje a Argentina ya con el cargo de embajador. Como embajador también pasará a Brasil y retor-

nará a Argentina por segunda ocasión. A fines de 1938 empieza a construir en México su Capilla Alfonsina, sueño largamente acariciado como apunta en su diario, y ahí permanecerá los últimos años de su vida. Más de cien títulos nos dejará —aquella pluma incansable, aquella curiosidad insaciable— entre prosa y verso. Hoy en día se le venera en su Capilla Alfonsina (Centro de Estudios Literarios de Alfonso Reyes y Casa-Museo), en instituciones culturales, nacionales y extranjeras. Se recuerda al polígrafo, al diplomático, al fundador de El Colegio de México, de El Colegio Nacional, al presidente de la Academia de la Lengua, al catedrático de la Universidad Autónoma de México y al consejero de la juventud a quien dejara estas palabras: “No olvidéis ser inteligentes”.

¹ Juan Ramón Jiménez, “Alfonso Reyes”, en *Páginas sobre Alfonso Reyes (1911-1945)*. Monterrey, Universidad de Nuevo León, 1955. (ed. de homenaje)

Dolores Riquelme de Rejón

María Teresa Gutiérrez de MacGregor

En el mundo actual, y tal vez en todas las épocas, la juventud no se puede medir por el poco tiempo que haya transcurrido desde el nacimiento de una persona, sino por su actitud ante la vida; este pensamiento es el primero que viene a mi mente al pretender hablar de la maestra Dolores Riquelme de Rejón, quien une su vitalidad y experiencia a su modestia y finura de espíritu.

Efectivamente, Lola, como la llamamos cariñosamente los geógrafos mexicanos, es una mujer de una actividad impresionante: nunca se le ve cansada, invariablemente es optimista y encuentra el lado bueno de todas las situaciones; siempre está dispuesta a servir a los que la rodean y a decir su verdad con un valor civil envidiable; con estas características es natural que haya obtenido el reconocimiento de todos los que hemos tenido el privilegio de tratarla y de ser sus amigos.

Además de sus cualidades personales, la maestra Riquelme tiene en su haber una formación académica muy sólida que ha aplicado a la enseñanza de la geografía y a la preparación de innumerables generaciones de geógrafos mexicanos, muchos de los cuales han destacado en su vida profesional gracias al estímulo recibido, desde los primeros años de su carrera, de la maestra Riquelme.